

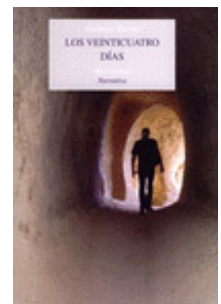
Reseñas

Los veinticuatro días

Kalman Barsy

Pre-Textos, Valencia, 2009

Falsamente acusado por su esposa de violencia doméstica, Lászlo Benedek está obligado a dejar con premura el domicilio conyugal. Apenas dispone de tiempo para recoger sus documentos, algo de ropa, varios libros y una máscara de yeso del rostro de su padre cuando era joven. Tras una reciente operación de próstata y ya cumplidos sesenta y tres años, la ruptura matrimonial deja a Benedek estupefacto y despojado de todo aquello que daba sentido a su vida.. Para romper el cerco de su indigencia vivencial (“*loveless, homeless, wifeless*”), decide viajar desde Puerto Rico a Hungría con la peregrina intención de enterrar la máscara de su padre en el pueblo donde éste nació; propósito que tendrá un final inesperado.



En esta novela, galardonada con el Premio Novela Corta “José María de Pereda”, Kalman Barsy emplea un formato de diario personal para crear una ficción con resonancias de biografía íntima. Durante veintiún días, como si tratase de una “*terapia ocupacional*”, Benedek escribirá en su diario las incidencias del viaje, recordará su infancia y la relación con sus padres cuando vivían en Argentina, reflexionará sobre las causas de sus dos fracasos matrimoniales y cómo recomponer las claves de su personalidad. Todo ello está relacionado con dos cuestiones nucleares que se influyen entre sí: la identidad y la memoria; ámbitos, como advertiremos en el relato, de contornos proteicos y destino azaroso. Que la memoria es aleatoria se constata nada más llegar Benedek a Budapest. Allí, mientras recupera la sonoridad y los significados de las palabras del idioma húngaro aprendido en su niñez, deambula por los barrios históricos y visita dos lugares simbólicos del antiguo régimen comunista ahora reciclados como turísticos: el Szobor Park, “*gulag de exiliados de granito y bronce*”, y el edificio denominado Terror Háza, antigua sede de la policía política. En esas visitas comprobará que la memoria historia es interina y cambiante, pues lo que en otro tiempo fueron representaciones mayestáticas y dependencias del poder coercitivo, han devenido meros bultos abandonados en una escombrera y museo testimonial de un periodo ominoso. En cuanto a la propia memoria e identidad de Benedek, también sufrirá cambios a consecuencia de las insidias de un viejo pariente suyo respecto al oscuro papel que su padre pudiera haber tenido en el genocidio judío, razón por la cual se vio obligado a huir de Hungría y emigrar a la Argentina. Esa grave insinuación siembra la sospecha en Benedek, convulsiona sus recuerdos y le insta a repensar los hechos con los que había conformado su identidad y memoria. Esa recomposición mental y anímica tendrá efectos positivos: en primer término, entenderá mejor el carácter reservado de su progenitor (cuyo único amigo en Argentina era un judío) y la complejidad de la naturaleza humana, donde, por extremas circunstancias históricas, se mezclan víctimas y victimarios. Además, Benedek también logra reconciliarse consigo mismo, gracias a la paz interior que sólo otorga el perdón.

Kalman Barys (Budapest, 1942), pasó su infancia y juventud en Argentina, viajó por Sudamérica, estudió en EEUU, deambuló por Europa y reside desde hace más de treinta años en Puerto Rico. Dado su origen y trayectoria vital, resulta difícil de situar la obra de Barys -siempre escrita en español- en relación con la literatura hispanoamericana, tan prolija y fecunda en la actualidad. Su escritura se ajusta, en gran medida, al estilo clásico de la novela norteamericana (en algunas secuencias me ha recordado la enjundia y mordacidad de Philip Roth), aunque recurre, en ocasiones, a giros lingüísticos puertorriqueños o argentinos. Es una escritura bien modulada y sin alardes formales. Privilegia la historia y el modo ameno de contarla. No obstante, detrás de esa aparente levedad, hay un acendrado y eficaz oficio narrativo, sustentado por una armónica y precisa sintaxis, empleando un lenguaje feraz y ágil, insertando pertinentes referencias cultas o alusiones metaliterarias y, sobre todo, impregnando el texto de una sutil ironía que alivia la tensión de las circunstancias dramáticas que envuelven al desolado protagonista del relato. **Alberto Hernando**